

2015

Academia de Guerra del
Ejército de Chile

Nº 18/2015

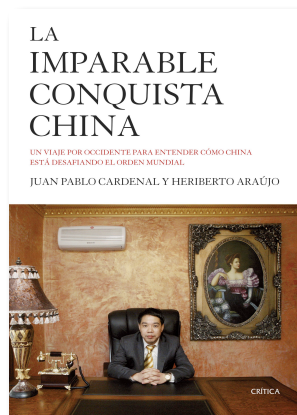


ESCENARIO INTERNACIONAL: LA IMPARABLE CONQUISTA CHINA

DOCUMENTO DE ANÁLISIS: ENFOQUES INTERNACIONALES

LA IMPARABLE CONQUISTA CHINA

Resumen y comentarios de Juan C. Salgado B.



Los periodistas españoles Juan Pablo Cardenal y Heriberto Araujo realizan un viaje por Occidente para entender cómo China está desafiando el Orden Mundial. En su Introducción “China llega a Occidente” anticipan que el libro es la crónica del encaje de la nueva— y cada vez más fuerte—China en el mundo, y de un cambio paulatino en el equilibrio de fuerzas y poder en el planeta. La tesis central de la obra es que ni China aspira a cambiar- su modelo político autoritario y su capitalismo económico—ni Occidente tiene una capacidad real de influir en ella. China, advierten, se prepara a ser un actor clave de la escena internacional.

El libro está repleto de información proveniente de las más variadas fuentes. Desde su periplo por 40 países; extrayendo datos de organizaciones internacionales; hurgando al interior de empresas multinacionales y las iglesias; accediendo a funcionarios públicos prominentes; más de mil entrevistas a personas protagonistas de esta nueva etapa histórica, que según los autores está cambiando nuestras vidas.

Los autores organizan el libro en ocho capítulos que van desde la competencia china por los recursos naturales, la emigración china; la diplomacia, su relación con Estados Unidos y El Vaticano, hasta la crisis económica que golpeó a Europa a partir del 2008, y que abrió una oportunidad para las inversiones chinas en mercados impensados tan solo una década atrás.

Respecto de los recursos naturales, interesante resulta el análisis que los autores hacen de los proyectos de inversión de China en regiones muy apartadas del mundo, como Groenlandia e Islandia. Podríamos decir que las relaciones con estas islas conforman un grupo geopolítico de interés para China, que tiene una proyección evidente hacia el Ártico. Expertos científicos vaticinan que en treinta años sus aguas quedarían libres de hielo en verano, convirtiéndolo en una vía marítima internacional más atractiva, en términos de tiempo y costos, que los canales de Panamá y de Suez. Si a este dato, sostienen los autores, se agrega las estimaciones del Servicio Geológico de los Estados Unidos (USGS), que la región contiene el 30% de las reservas mundiales de gas natural y el 15% de las de petróleo, se entiende el creciente interés de las potencias mundiales por esta región.

Groenlandia, la isla más grande del mundo, es también considerada como una zona rica en minerales estratégicos tanto por sus yacimientos de hierro como de las denominadas “tierras raras”. Para los primeros, China busca un acuerdo con el Gobierno por treinta años; en tanto que en los segundos, tiene el récord de la producción mundial, con el 97%, tanto por el uso intensivo de mano de obra que requiere, como por los efectos medioambientales de su explotación, que ha llevado a otros países a abandonar su extracción.

Estas islas se suman a las inversiones en Canadá, país con el cual mantiene una relación de larga data, cuando en el siglo XIX llegaron a Columbia Británica alrededor de 17.000 chinos, que en un gran número trabajó en la construcción del Ferrocarril Canadiense del Pacífico, una obra titánica que uniría al país de oeste a este. En épocas más recientes, cuando China era gobernada por Mao Zedong, Canadá quebró el aislamiento internacional que sufría al venderle trigo para paliar la hambruna que sufría la República Popular, derivada en parte por los primeros intentos de transformar la economía agraria en una industrial.

En 2005, ambos países sellaron una alianza estratégica, auspiciada por los sucesivos gobiernos liberales en Canadá. Entre 2008 y 2013, China ha invertido más de 35.000 millones de dólares en el sector energético canadiense. El primero necesitaba urgentemente capital para la explotación de *las arenas de petróleo de Alberta*, cuyo subsuelo guarda las terceras mayores reservas de crudo del planeta y, el segundo, asegurar su abastecimiento en el largo plazo, diversificando sus fuentes. Sin embargo, para Canadá tener que recurrir a China para reducir también la dependencia del mercado de Estados Unidos, su principal y casi único cliente- cuya demanda se había casi estancado, tanto por la crisis económica, como por el aumento de producción interna- ha abierto un dilema político interno que parece casi insalvable: verse obligado a estrechar lazos con un socio irremplazable, por su mercado potencial, pero con el cual no tiene ninguna afinidad política.

Pero este dilema no es sólo interno de Canadá, la disyuntiva, según Cardenal y Araújo, de subordinar los valores a intereses económicos, también alcanza a otros países, como veremos con los de la Unión Europea. El Gobierno conservador del Primer Ministro Stephen Harper (desde el año 2006) piensa que Canadá puede influenciar a China como ninguno de ellos, por eso es que ha cambiado su estrategia política, en lo que se ha denominado una relación “cálida económicamente, fría políticamente”. Pasando de abordar, por ejemplo, el tema de los derechos humanos desde un diálogo confidencial entre gobiernos, a una diplomacia incisiva y pública.

También abordan asuntos de emigración, que da cuenta del creciente interés de chinos millonarios por radicarse en el extranjero, de preferencia en América del Norte (Estados Unidos y Canadá), y de la fuga de miles de funcionarios y ejecutivos de empresas estatales, que el Banco Central de China estima entre 16.000 y 18.000.

En el capítulo 3, bajo el nombre de Diplomacia, los autores abordan dos temas que cruzan las relaciones sino-británicas: la cuestión de Hong Kong y el Dalai Lama. En lo que concierne a la ex colonia de Gran Bretaña, tratan los efectos que han tenido dos actos unilaterales de China, ocurridos recientemente, y que afectan a la autonomía de la Isla, prevista en la Declaración Conjunta entre ambos gobiernos, el 19 de diciembre de 1984 en Beijing, en que acordaron la “retrocesión” de la soberanía de Hong Kong a China en 1997. El primero de estos hechos es la publicación, en junio de 2014, del Libro Blanco sobre Hong Kong, cuya finalidad es, según los autores, zanjar cualquier discusión respecto a quién manda en la Isla: “El alto grado de autonomía de la Región Administrativa Especial de Hong Kong no es un poder inherente, sino que proviene únicamente de su consentimiento por el poder central”. Tal publicación no solo puso en revisión el principio del acuerdo “un país, dos sistemas”, con que Deng Xiaoping aceptó mantener un sistema económico capitalista y un sistema político democrático para la ex colonia británica por los próximos cincuenta años- contados desde la retrocesión de la soberanía de Hong Kong a China-, sino que también puso una advertencia a Taiwán respecto de cualquier proceso futuro tendiente a la unificación con la República Popular.

El segundo hecho, en directa relación con el anterior, fue la decisión del Comité Permanente de la Asamblea Nacional Popular (cámara legislativa de China) de interpretar restrictivamente el artículo 45 de la Ley Básica, la mini constitución de Hong Kong, que contempla como “objetivo último” la elección del jefe del Ejecutivo por sufragio universal en 2017. Esta interpretación acepta el sufragio universal, pero puso como condición previa que los candidatos sean visados por Pekín.

Como rechazo a ambos actos unilaterales, en septiembre de 2014, una población, que los autores describen como “*pacífica por naturaleza y que disfruta de amplias libertades, prosperidad*” retrocesión. Aún más, recogiendo las críticas del propio interior de Hong Kong, como del gobierno comunista, dejan en evidencia una aparente contradicción entre la tradición democrática británica y su renuencia a crear instituciones de tal carácter mientras Hong Kong era su colonia. Sin embargo, sostiene los autores, la postura de China también podría ser cínica, porque la desclasificación de cables diplomáticos ingleses daría cuenta de que ésta no quería que se produjeran cambios significativos en el *statu quo* colonial.

La conclusión de los autores es que si en algún momento se pensó que Hong Kong junto con haber sido la palanca para transformar el sistema económico de la República Popular, lo hubiera sido también para llevarla hacia un sistema político democrático, no dejó de ser una ilusión. Por el contrario, su percepción es que después de los acontecimientos de 2014 Hong Kong se encuentra al principio del fin del “un país, dos sistemas”.

La figura de El Dalai Lama, según los autores, representa también como se ha degradado la cuestión sobre la autonomía del Tíbet en las relaciones de China y Occidente, pero especialmente en las sino-británicas. Por casi un siglo la posición oficial del Reino Unido con respecto al Tíbet se sostuvo en los acuerdos de *Simla* de 1913-1914. Según estos, reconocía a China una suerte de “señorío”, similar a la de un protectorado, con la condición indispensable que dicho territorio gozara de autonomía. La diplomacia británica evitaba así el reconocimiento expreso de la soberanía china sobre el Tíbet. Tal postura, habría cambiado drásticamente el 2008, cuando el *Foreign Office* emitió un comunicado en que reconocía que dicho territorio formaba parte integral de la República Popular China. Los tibetanos, sostienen los autores, “vieron el giro como una traición”.

The International Herald Leader, diario oficial chino, interpretó la actitud de Europa como una forma de apaciguar a China, porque en la crisis económica era urgente meterla en “*el bote del rescate*”. Otros hechos sirven a los autores para fundamentar el giro británico, como el deslucido recibimiento del Dalai en Londres en 2012, que contrastó con visitas anteriores y con la de otro Premio Nobel de la Paz, la líder opositora birmana Aug San Suu, quien fue recibida, por esos mismos días con todos los honores correspondientes a un Jefe de Estado.

Gran Bretaña habría seguido una línea independiente de la Unión Europea con relación a China. A diferencia de las potencias industriales y tecnológicas, como Alemania y Francia, la fortaleza del Reino Unido está, sostienen Cardenal y Araújo, en un área económica que no compite con China: los servicios. Por la misma razón, el Primer Ministro británico ofreció a China un acuerdo de libre comercio con la Unión Europea, lo que habría causado la indignación de Bruselas. Pero no sólo eso, Londres estaría permitiendo a empresas estatales Chinas acceder a la estratégica y políticamente sensible industria nuclear, a través de la *Électricité de France*, donde llegarían a controlar entre un 30% y 40% del consorcio sino-francés. Las inversiones para la construcción de una central nuclear en Somerset, sobrepasarían los 24.000 millones de libras. Agregan los autores que esta apertura de la economía británica hacia China también se nota en las facilidades con la *City de Londres* -que acoge al centro financiero más grande del mundo, junto con Nueva York-, ha otorgado a los bancos chinos y en las inversiones de capitales privados para desarrollo inmobiliarios de lujo en *Covent Garden*, en el corazón de Westminster.

Los autores también se preocupan por la relación de la República Popular China con el Vaticano, a la cual le dedican el capítulo 5. Repasan las relaciones históricas y presentes entre ambos estados. El Vaticano es el único de Europa que no mantiene relaciones diplomáticas con la Santa Sede (interrumpidas abruptamente en 1951) y no es por falta de interés de esta última. Argumentan que “en plena transformación geopolítica por la emergencia de Asia, el Vaticano es consciente de que, para mantener su estatus e influencia actuales, no puede estar ausente o con una presencia limitada en el país más poblado del mundo”. Dicho de otro modo, citando a uno de sus entrevistados en el Vaticano, utilizan la figura de una empresa que vende un único producto: el catolicismo. En este gran mercado potencial compiten con el comunismo, “porque ambos venden lo mismo: ideología”. El Partido Comunista tampoco puede permitir que ante una eventualidad de inestabilidad haya un grupo sin control, como podría ser el de los católicos. Como ocurrió con el movimiento espiritual *Falun Gong*. De hecho el partido controla al 1% de la población que profesa la religión católica a través de la *Asociación Patriótica Católica (APC)*, que desde 1957 suplantó a la Santa Sede. La APC tiene amplias funciones: nombra obispos, supervisa las diócesis, vigila que se sigan las pautas comunistas en los seminarios para formar nuevos sacerdotes y administra los fondos económicos y el patrimonio.

En la Santa Sede las opiniones sobre cómo proceder frente a la cuestión de si es necesario ceder o no -si se quiere propagar la fe católica en China- se encuentran divididas, desde que el 2007, Benedicto XVI creó una

comisión para resolver el problema histórico con Pekín. Temas valóricos como el del aborto, como consecuencia de una política del “hijo único” o de la naturaleza del régimen autoritario chino, incompatible en su fundamento teórico con las libertades y la democracia que profesa el catolicismo, están en el centro de las discusiones de la Iglesia. Pero estas últimas no son cuestiones tan teóricas, sostienen los autores. “*La Iglesia Católica se posicionó rápidamente del lado de los manifestantes prodemocráticos durante las protestas de otoño de 2014 en Hong Kong, llamando incluso a la desobediencia civil, en una iniciativa que sin lugar a dudas debió ser percibida en Pekín como una flagrante injerencia en sus asuntos internos*”.

En el actual estado de cosas, con el “cisma” en el seno de la santa Sede y con el Papa Francisco decidido a liderar el acercamiento hacia Pekín, concluyen los autores que el mayor desafío consiste en convencer a este último que “otorgue a la Iglesia Católica una libertad religiosa que, en China, no tienen otros grupos de más peso a nivel de número de fieles, como por ejemplo el budismo o el islamismo”. Desde un punto de vista más político y pragmático, ven a Pekín con poco interés en provocar un distanciamiento con Taiwán, cuestión que se produciría por la necesaria condición de que el Vaticano rompa con la isla para restablecer relaciones diplomáticas con la República Popular de China.

Quizás sea el capítulo 6, bajo el críptico título “Resistencia”, el que refleje en forma más evidente los cambios que ha generado la estrategia diplomática China en Occidente y como este último se ha ido acomodando a las exigencias de Pekín. Aquí hay una mezcla del poder duro, apoyado especialmente en su gran capacidad económica para llevar dinero fresco a los países en crisis, y de poder blando, que no se había conocido porque China vivía, antes de las reformas de 1978, con *Den Xiaoping*, en una condición de ensimismamiento.

El ya mencionado movimiento espiritual *Falung Gong* y su activismo en el extranjero ha generado una reacción del partido comunista chino que lo llevó, primero a proscribirlo, en 1999, luego a perseguirlo y finalmente a combatirlo en todo el mundo con recursos diplomáticos, mediáticos y culturales. Una de las expresiones de *Falung Gong* ha sido a través de la compañía artística *Shen Yun Performing Arts*, fundada el 2006 en Nueva York. La compañía recorre los escenarios del mundo y sus presentaciones son una abierta crítica a la forma como el Partido Comunista chino ha devaluado los 5000 años de cultura china. Esta estaría siendo destruida para “asentar su propia cultura y monopolizar el poder sin interferencias”, según *Shen Yun*. El espectáculo, que termina con una escenificación de la represión de la Plaza de *Tiananmen* de Pekín está, por supuesto, prohibido en China. Pero, los autores hacen cargos a la diplomacia china, que a través de sus embajadas y consulados, presionan tanto a los teatros que acogen la función, como a las autoridades locales para que anulen los espectáculos. De acuerdo con informaciones de la página web de la compañía, desde 2007, Pekín ha intervenido, muchas veces con éxito, en 59 oportunidades para que se cancelara el espectáculo.

China ha entendido que para ganar el “mensaje” a nivel global, su estrategia no puede ir de la mano únicamente de su poderío económico y político. Al contrario, sostienen los autores, debe ir acompañado por lo que Joseph Nye acuñó en los años noventa como *soft power*. Conseguir objetivos políticos a través de la persuasión. *Hu Jintao* lo tenía claro cuando en 2007, ante el XVII Congreso del Partido Comunista, propuso que China debía invertir en una estrategia global de diplomacia pública. Según los autores ésta ha sido una prioridad en los últimos años, al punto que Pekín propicia construcción de instalaciones deportivas, programas educativos y obsequios de variada índole a países en vía de desarrollo.

Para Cardenal y Araújo, la punta de lanza más visible de esta nueva estrategia, quizás sea el Instituto Confucio, adscrito al Ministerio de Educación y encargado de promover la enseñanza del idioma y cultura chinos en el extranjero. Con una inversión de 500 millones de dólares al 2013, habría facilitado el establecimiento de 440 centros y 646 aulas en unos 120 países. Los autores ven con sospechas también el secretismo de los contratos con universidades e institutos privados, lo cual comprometería la libertad académica de estos centros.

En la misma estrategia, está la inversión en medios de comunicación, que la prensa de Hong Kong estima en 7.100 millones de dólares, para que sus dos principales medios oficiales, la agencia de noticias *Xinhua* y el

Canal China Central Televisión CCTV, “impulsen una agresiva expansión internacional inspirada en el modelo de la cadena qatarí AL-Jazeera”. Xingua, a través de la cadena televisiva CNC, transmite noticias en inglés las 24 horas y cubre 60 países. Su sede fue trasladada nada menos que al corazón de Nueva York, en *Times Square*. Según los autores, esta campaña defensiva, es el resultado de la percepción de China de ser “un blanco de los esfuerzos políticos, militares y mediáticos de Occidente, en particular de Estados Unidos, para promover tácticas neoliberales de dominación ideológica”

En otro orden de cosas, las causas de *Falun Gong* y del Tíbet han originado sendos procesos en España - que se había erigido como un bastión de la persecución de los llamados crímenes contra la humanidad-, contra autoridades de la República Popular China. Carlos Iglesias fue el abogado español encargado de llevar la primera querrela, en 2003, ante la Audiencia Nacional, en contra *Jiang Zemin*, ex presidente de la República Popular entre 1993 y 2003, y *Luo Gan*, coordinador de la Oficina 6/10 de control de *Falun Gong*. En los años posteriores, se interpusieron otras tres querrelas contra otras autoridades chinas por el caso *Falun Gong*, mientras que simultáneamente se habría otra, esta vez por actos de genocidio cometidos contra el pueblo tibetano.

Como era de esperar, la reacción de China fue ejercer presión sobre las autoridades españolas, la que se incrementó con la orden internacional de los tribunales españoles para la captura de los querrelados y una comisión rogatoria para poder investigar en el Tíbet. La respuesta de China a esta última solicitud fue dirigida al Gobierno español, reclamando que era responsabilidad de éste el “asumir las responsabilidades del Derecho Internacional que le corresponden”. Para los autores esta actitud de Pekín fue la que causó que el partido gobernante, Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Popular (PP) acordaran una reforma legislativa que introdujo una serie de requisitos para que los tribunales pudieran perseguir los crímenes de lesa humanidad cometidos fuera de su jurisdicción. En julio de 2014 La Audiencia Nacional ratificó el sobreesimiento, ordenado por un juez, y ambas causas fueron archivadas. Para los autores “lo más revelador de este asunto ha sido la certidumbre de que- con contadas excepciones- es el mundo el que se está adaptando a China y no al revés”.

También dedican los autores apartado final al capítulo Resistencia, con ocasión del otorgamiento del Premio Nobel de la Paz al disidente *Liu Xiabo*, quien cumple una condena de 11 años en la prisión de *Jinzhou* por “incitar a la subversión contra el Estado”. La reacción de Pekín no se hizo esperar. Consideró que tal distinción, la primera que recibe un ciudadano chino, era “una afrenta internacional a la legitimidad del sistema legal chino....una injerencia indebida en sus asuntos internos”. La respuesta oficial del Gobierno noruego fue que el Comité del Nobel era un organismo independiente del Ejecutivo. Oslo resintió la ofensiva china, pero no estuvo dispuesto a ceder a las exigencias chinas para retomar el tratado de libre comercio que estaba a punto de firmarse, que entre otras cosas contemplaba disculpas públicas, así como la garantía de que el Nobel no sería más atribuido a una persona del perfil de Liu Xiabo. Entonces, la represalia de China vino por la vía de imponer una prohibición total a la importación del salmón noruego. Con todo, el Gobierno del país escandinavo hizo dos gestos notables que a la postre resultaron estériles: voto favorable para que China integrara en 2013 el Consejo Antártico, como miembro observador y -algo inédito para un país reconocido por la defensa de los derechos humanos y valores democráticos-, no recibir oficialmente al Dalai Lama durante un viaje en mayo de 2014. Los autores piensan que el mensaje de la reacción China pudo haber ido más allá de Noruega, para advertir que China está dispuesta a emplear todos sus recursos para hacer sentir su poder.

El caso Snowden abre el capítulo 7, “Espionaje”, en el que los autores relatan detalles de la revelación de este ex agente de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA), cuyas consecuencias aún están en desarrollo. Lo interesante de este capítulo es que las acusaciones en contra de Estados Unidos sirvieron para desviar la atención del espionaje chino que- según numerosas fuentes, incluidas las rusas- es el de mayor escala en ciberataques en asuntos tecnológicos. Según los autores, EE.UU habría perdido legitimidad para acusar a otras potencias, incluida China, al quedar en evidencia que utilizaba toda su capacidad tecnológica y la de las

empresas privadas asociadas a la informática e internet - como *Microsoft, Google, Facebook* o *Apple*-, para espiar incluso a países históricamente aliados. Esta debilidad no es menor, cuando el propio director de la NSA afirmó ante el Congreso de EE.UU que los ciberataques eran la mayor amenaza a la seguridad para ese país, desbancando al terrorismo por primera vez desde el 11 de septiembre de 2011. El dilema fue sutilmente abordado por el Presidente Obama en una conferencia de prensa con el Presidente Xi Jinping, al día siguiente que se conocieran los primeros documentos filtrados por Snowden, cuando respondió que había que distinguir entre el espionaje destinado a garantizar la seguridad nacional y el simple robo de propiedad intelectual.

En ese contexto, China está en el centro de todas las acusaciones del ciberespionaje, al ser considerado con una capacidad sin precedentes para realizar transferencias ilegales de conocimiento, valoradas en cientos de miles de millones de dólares.

Según los autores si China quiere consolidarse como una potencia global, sabe que debe progresar en innovación, puesto que Occidente sigue liderando sectores estratégicos como el nuclear, el aeronáutico y el aeroespacial. Situación que Pekín quiere revertir, reduciendo su dependencia tecnológica del exterior, estimada al 2015 en un 50%. Para lograr ese objetivo, sostienen los autores, utiliza vías tradicionales y legítimas como la formación de científicos; el intercambio de académicos y estudiantes; la aprobación de políticas que favorezcan la transferencia tecnológica; el aumento de la inversión en investigación y desarrollo. Sin embargo, según Cardenal y Araújo, en ese afán también parecen enmascararse las operaciones de espionaje tradicional como de ciberespionaje. La lista de acusaciones al respecto incluye denuncias de un centenar de empresas de todo el planeta. Expertos del *Center for Strategic & International Studies* (CSIS) de EE.UU, opinan que la rapidez con la que China ha avanzado en algunas tecnologías es notable. La industria de armamento de EE. UU y Rusia son sus principales objetivos. El Centro para Análisis de Estrategias y Tecnologías de Moscú (CAST) destaca que “el espionaje de China en Rusia es mayor que todo el que recibe Rusia de todos los países occidentales juntos”.

Por su parte, el Gobierno chino ha negado en repetidas ocasiones dirigir ataques contra empresas occidentales e incluso había aceptado un diálogo intergubernamental con EE. UU, el que perdió fuerza tras el caso Snowden. A su turno, China dice ser también una víctima del ciberataque de Occidente, especialmente el norteamericano. En su defensa, estos sostienen que ni EE.UU ni Europa necesitan espiar, porque son líderes en la mayoría de las industrias y sectores.

Con todo, las revelaciones de Snowden han dado un argumento valioso a Pekín, tanto para rechazar las acusaciones de que es objeto, como para garantizar su propia seguridad en internet y convertir al “país en una ciberpotencia”. Así, por ejemplo, Google denunció en enero de 2010 que sus servidores habían sido atacados varios meses del año anterior por el Gobierno Chino con el objetivo de acceder a las cuentas de Gmail pertenecientes a defensores de los derechos humanos en su país.

Finalmente, los autores dedican el último capítulo, el 8, a la “Crisis”, que produjo un doble efecto en las relaciones con Europa: ofreció una oportunidad extraordinaria a China para compras estratégicas, y las mayores economías europeas vieron con complacencia las inversiones chinas en el continente. Así, por ejemplo, compró empresas dedicadas a la distribución de energía en Portugal e Italia; adquirió el 14% del consorcio gigante automovilístico francés Peugeot-Citröen; compró Putzmeister, la mayor empresa fabricante de hormigón alemana y una treintena de medianas y pequeñas empresas, conocidas como *Mittelstand*; adquirió la parte española de la empresa francesa de satélites Eutelsat; realizó inversiones en inmobiliarias en Londres y en viñas en Francia. La lista es larga.

Según los autores, “China aparece ahora en las grandes capitales europeas como un socio fiable, cuyo capital es bienvenido sin reflexionar profundamente acerca de cuáles son las consecuencias de todo ello...sin considerar qué tipos de activos se están agenciando ni la naturaleza del comprador, casi siempre empresas estatales chinas cuando no el propio Estado”. Según un informe del Deutsche Bank, entre 2008 y 2013, el 78% de las importaciones en Europa fueron realizadas por empresas estatales.

Este escenario en Europa es nuevo, hace un lustro se percibía al país asiático y a sus inversiones con reserva, como consecuencia de su sistema económico-político; no obstante que en la últimas décadas hubo lucrativas inversiones europeas en China. Por ello, los autores coinciden que es lícito mantener los mercados abiertos al gigante asiático, tanto por el sitio natural,- por su peso demográfico y económico- que éste debe jugar en el concierto de la Unión Europea como en reciprocidad. Esta última condición esconde una crítica respecto de las restricciones que China está aplicando últimamente a empresas europeas y al subsidio encubierto que perjudica la competencia leal con las empresas extranjeras.

En términos de seguridad, en las relaciones económicas de China con la Unión Europea, los autores destacan las prevenciones del mercado norteamericano. Estados Unidos posee un Comité de Inversiones Extranjeras (CFIUS), que se encarga de escrutar las inversiones y adquisiciones por parte de extranjeros que pueden suponer una amenaza para la seguridad nacional. Esta cautela, sin embargo, no impide que los lazos económicos entre ambas superpotencias llegaran a los 562.000 millones de dólares en 2013; sin embargo, la balanza comercial favorece a China, el déficit comercial estadounidense alcanzó el 2014, según el United States Census Bureau, alrededor de 285.000 millones de dólares. No es sólo que la primera potencia mundial importe cuatro dólares de su socio por cada uno que vende a China, exponen los autores; sino que también sus efectos en los empleos y en la competitividad. Agregan que “cuando los consumidores estadounidenses compran productos baratos manufacturados en China están llenando de dólares al país asiático, con los que pueden adquirir no solo bonos del Tesoro americano, sino también compañías, tecnología y activos estadounidenses. Precisamente el 2014 se produjo un sorpasso histórico China invirtió más en Estados Unidos que viceversa”.

La “Ganadora de la Globalización”, con que terminan Cardenal y Araújo su libro *La Imparable Conquista China*, parece ser un buen título para resumir tanto las opciones que el mercado mundial y la política internacional han ofrecido a la República Popular China, como por su estrategia para aprovecharlas.

Dos factores favorecieron la estrategia diseñada por Den Xiaoping para que la economía china transitara hacia un modelo que permitiera la modernización de China. El primero, según *Ralph Gomory* (un reputado economista experto en comercio, tecnología y globalización, citado por los autores), un cambio fundamental de las corporaciones estadounidenses respecto de su propio funcionamiento, filosofía y rol en la sociedad. El segundo factor esencial fue la adhesión de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001. Con anterioridad, con la histórica visita del Presidente Nixon a China, su gobierno concedió al país comunista el estatus de “nación más favorecida”.

Gomory sostiene que el primer factor tiene que ver con el sentido de responsabilidad corporativa que existía en Estados Unidos en el siglo pasado, hasta la década de los ochenta, y que se manifestaba por considerar en los negocios el impacto que tenían en sus empleados, clientes, la comunidad y el país. Tal política no satisfacía a los accionistas que esperan siempre un mejor retorno en sus inversiones, por ello es que ejercieron presión sobre los directores de las empresas que, a su turno, recibirían una mayor retribución económica. Este cambio situó al accionista en el medio de las decisiones de la empresa, lo que facilitó su globalización.

El segundo factor otorgó el marco internacional para la apertura definitiva de China y su irrupción en el mercado internacional. El carácter de nación favorecida que le otorgó Estados Unidos en 1972, y que redujo los aranceles desde el 40% al 4%, se transformó en permanente, lo que abrió las puertas del mayor mercado de consumo del mundo y sirvió para atraer un flujo formidable de inversión extranjera. A pesar de que en el acuerdo de adhesión de China se comprometió a no vincular acceso al mercado con transferencia tecnológica, ésta se produjo igualmente por el afán de competencia de las corporaciones por obtener posiciones de privilegio en el mercado chino.

El CFIUS y la Comisión de Revisión Económica y de Seguridad EEUU,-China del Congreso (USCESRC), en sus informes resaltan los efectos que acompañan a la irrupción de la empresas chinas al mercado estadounidense y que pueden resumirse en tres áreas: el riesgo para la seguridad nacional; la naturaleza estatal de la mayoría de

los inversores chinos y la transferencia tecnológica. El CFIUS es cuestionado por China como un instrumento proteccionista en EE.UU.

La fortaleza de EE.UU. sigue siendo su gran ventaja tecnológica, la que resguarda, además de los organismos mencionados, por el Reglamento sobre Tráfico Internacional de Armas (ITAR). Con el objeto de preservar la seguridad nacional toda la tecnología especial se declaró militar.

Por otra parte, Washington impulsa la agenda comercial más agresiva de su historia: el Acuerdo Estratégico Transpacífico (TPP) que incluye a doce países ribereños del Pacífico (entre ellos Chile y que excluye a China) que suman el 40% del comercio mundial; y el Acuerdo Transatlántico de Comercio e Inversión (TTIP), entre EE.UU. y Europa, también conocida como la “OTAN económica”. Según los autores “ambas alianzas geopolíticas servirían para contener el auge de China y encauzar la globalización de acuerdo con los valores y prácticas comerciales occidentales”.